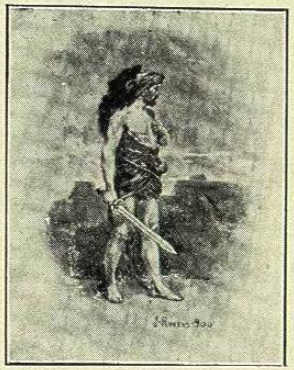
EL QUETZAL

El porte altivo, reluciente el ojo
Que en mitad del copete es un diamante
Entre esmeraldas, negro el remo errante
Con que vuela en los bosques á su antojo.

Es sangriento rubí su buche rojo,
Su larga cola tornasol radiante;
Con razón de sus plumas es amante,
Y rozarse en las ramas le da enojo.

Es hosco y libre: con su pico duro
Labra en los troncos escondrijo obscuro,
Que es como estuche de su hermosa cauda,

Y muere de tristeza prisionero,
Si su querida libertad defrauda
Cobarde lazo ó plomo traicionero.



LAS OLAS

Estoy echado de codos en el pretil del muelle. Sobre mi cabeza, el cielo hállase cubierto á trechos de foscas nubes, mientras que al través de un velo de triste neblina, lucen apenas las estrellas titiladoras.

En la línea recta de tierra, brillan en confuso desorden las luces de los edificios del puerto, y surto á corta distancia, se esfuma la silueta del «Sydney,» cuya iluminación realza la inmensidad negra del Pacífico.

Á mis pies chapotea sin cesar el agua, y allá cerca, en la orilla, revienta la marejada deshilándose en espumas.

El mar suspira.

Sí, aquel monstruo negro cuya cólera aterra á los ma-

rinos más intrépidos, ha desfruncido el ceño, y amainando sus iras, se esfuerza por ser tierno, exhala de su enorme pecho membrudo dulces quejas y dolientes gemidos.

Abajo de mí la superficie del océano apenas pierde su tersura; las olas, imperceptibles, imitan los pliegues de una tela de raso, donde el collar de luces eléctricas del muelle riela. Apenas han avanzado las olas un paso, y ya se yerguen amenazadoras; un poco más adelante, ya se han trocado en pequeños alcores verdes rematados por blancas crestas de riscos.

Allá distingo un grupo de olas: vienen garruleando como chiquillas, y luego de desgranar collares de risas, desaparecen, olvidando en la arena sus conchas color de rosa. Pero ya se adelanta un corrillo como de zagalas atareadas que corren atropellándose y trayendo en los brazos azafates de vasos de Venecia, las cuales tropiezan á su arribo, escabulléndose entre ruidoso rumor de cristalería rota. Otras extienden, al llegar, su cargamento de encajes de Inglaterra; aquéllas se abalanzan en un carro incrustado de esmeraldas del que tiran caballos árabes de rizadas crines de armiño.

Ya vuelven, acuden de nuevo, retornan otra vez. Pero

no, esas que se aproximan no son las mismas; vienen como balando; es un nevado rebaño de ovejas; estotras que se anuncian con coruscamientos de seda, con haldeos de damas elegantes que marchan de prisa recogiéndose el vestido, son unas marquesas que á su llegada se despojan de sus abrigos de pieles; esotras que las siguen, son unas sevillanas que van cubiertas con la clásica mantilla blanca, cuyo fleco echan al aire al desarrebujarse.

Estoy solo.

En toda la longitud del muelle no hay ningún sér que vague, ningún desocupado que sueñe, ningún trabajador que repose tumbado de bruces en el suelo ó sentado en una de las plataformas vacías abandonadas sobre los rieles.

El pavimento retiembla cada vez que el mar arremete contra la armazón de hierro; en la playa se despedaza la reventazón semejante á cuitado pecho que estallara en sollozos.

Un toldo de foscas nubes tapa las dulces pupilas de las estrellas.

Estoy solo; la tristeza se clava en mi corazón como si fuera una daga aguda.

Pero lo mismo que en tu espejo, ya ríe en mi recuerdo tu adorada imagen; mi memoria, como un hada buena, te transportó á mi lado; ya tu alegría disipó mis sombras; ya estoy contento, ya me regocijaron tus risas, mi sonajita preciosa, mi cascabelito de oro.

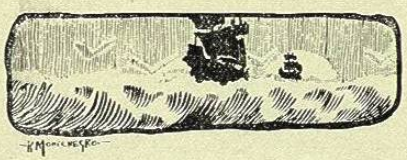
El chapoteo del agua bajo mis pies no cesa, continúa el desfilar de olas. Vienen unas en pos de otras empujándose; aquella que se extiende como una red de plata trae quizás en sus mallas peces dorados; esa negra que trata de confundirse entre las demás, tal vez se oculta porque acaba de estrechar en sus fríos brazos el cuello de un náufrago; esta pequeña y cristalina que pasa, miente un alhajero de cristal en cuyo fondo brillan diamantes esplendorosos, porque la vieron desde la cubierta de un buque dos tiernos enamorados.

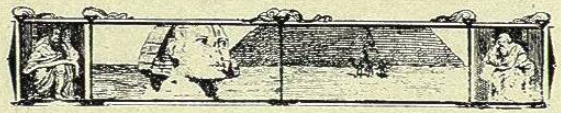
Ya no estoy solo porque mi memoria como un hada buena te transportó á mi lado; todo lo que imagino se me figura que te lo converso; cuando vuelvo á verte, haces, como de costumbre, un delicioso mohín en que pliegas, sonriéndote, tus deliciosos labios, y me escondes el languor de tus amados ojos, más míos cuando me los niegas.

ENVÍO

Y como esa ola, la más grande, la más impetuosa de todas que se acerca dando saltos precipitados, un deseo infinito golpea mi pecho que por ti late: el de ser como el mar, tan fuerte y poderoso como lo es el mar, y que todos mis anhelos, y todos mis pensamientos, y todos mis sueños que acuden desde lo más remoto de mi existencia, y surgen desde lo más hondo de mi corazón como las olas vienen desde las más largas lejanías del horizonte, y se levantan de las más hondas simas, se acercaran hacia ti empujándose presurosos, y te dieran todas mis ilusiones, todos mis respetos, todos mis ruegos, como las olas regalan á la tierra todas sus espumas, todos sus frágiles cristales y todas sus conchas color de rosa; y que á semejanza de las olas que arriban en sus carros de esmeralda tirados por blancos caballos árabes de largas crines de armiño, corriendo en tumultuoso tropel por llegar á la orilla, todas mis ansias galoparan hacia ti como briosos bridones que corren empapados de espuma los nobles encuentros; y que lo mismo

que las olas se acercan con musitaciones de plegarias, con rumores de besos, con explosiones de sollozos, siempre precipitándose hacia la playa, y siempre alejándose para volver de nuevo sin desmayar nunca, así mi amor fuera hacia ti, á enternecerte con mis súplicas, y se retirara porque te encontrase indiferente, y retornara otra vez con nuevos ruegos, y retrocediera llorando porque te hallara desdeñosa, y eterno como el vaivén armonioso de las olas, nunca dejara de acariciarte y de besarte, y de ceñirte y de cantarte, tendiendo hacia ti sus brazos, y ofreciéndote el presente inagotable de mis adoraciones, de mis esperanzas, de mis suspiros y mis lágrimas.





EL HORROR DEL OLVIDO

Otros sienten el horror de la sombra, el horror de la muerte. . . . Desde la hora aciaga en que recibí la noticia de tu partida, yo experimento un horror insensato, invencible, un horror de loco: tengo el horror del olvido.

Le tengo miedo al olvido; isla triste de destierro de la que no se vuelve más; tumba maldita donde no brota ninguna flor; cárcel obscura donde no entra nunca un rayo de luz. Porque Dios los ha olvidado, sufren sin esperanza los réprobos en el infierno.

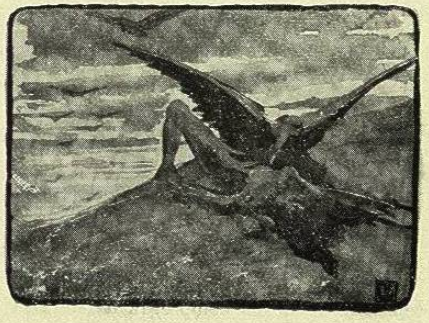
Yo no temería á la ausencia si estuviera seguro de perdurar en tu memoria. Si así fuera, yo pasaría esa me-

lancólica noche en la que los besos que me diste esplenderían como luceros, y las miradas con que me fascinaste titilarían como luciérnagas, y resonarían como el canto del ruiseñor las palabras amorosas con que me cautivaste, esperando sin tristeza que apuntara el amanecer de nuestro encuentro, que saludarían jubilosamente todas las alondras de mi espíritu.

Pero después de mi despedida, que te envolverá de amargura como una salobre onda del océano, yo permaneceré aquí, mirando en todas partes el hueco que quedará con tu partida, teniendo sin cesar ante los ojos la estela cintilante de recuerdos que dejarás en mi existencia, y tú te marcharás á tu país, donde no habrá ningún sitio que te hable de nuestros idílicos transportes, y donde no podré evitar que á mansalva me roben tu corazón, donde cada día depositaba tembloroso los rubíes ensangrentados de mis anhelos y las perlas irisadas de mis ternuras.

Yo te echaré de menos siempre, rayo de luz que disipaste mi fastidio; yo te recordaré de continuo, repique de cascabeles que me regocijaste en mi soledad; yo acariciaré sin tregua, con el exquisito deleite con que se palpa un suave manto de seda, la añoranza de estos

raudos meses de mi monótona vida que recamaste con el oro de tus amores, y tú. . . . ¡oh! cómo me acomete el espanto y tiemblo de pavor, al figurarme que muy pronto el tiempo cavará una profunda fosa en tu memoria, donde sepultará mi recuerdo, cubriéndolo con negras y frías paletadas de olvido.



CAPILLA ALFONSINA

MADRIGAL MARINO

Fuí contigo aquel día á contemplar la inmensidad del océano, cuyo oleaje que se precipita en impetuosa carrera á morir en la playa, no se cansan nunca de ver los ojos.

Á lo largo del pretil que de ambos lados guarece el muelle, atezados trabajadores que habían terminado sus faenas pescaban; ya sin vida ó agitándose todavía, se destacaban aquí y allá una corvina de azogue, un mero amarillento ó un pargo color de rosa; la barrera del embarcadero ocultábame el vapor que al día siguiente te

arrebataría de mi vista; y en el ocaso, el sol que ya había desaparecido, matizaba el mar con mágicas pinceladas de arco iris y cubría el cielo con purpúreas floraciones de auroras boreales.

Moría la tarde.

Sin darme tregua, yo extendía á tus plantas el albo tapiz de mis adoraciones, como el océano desplegaba sin cesar en la arena la orla blanca de sus espumas.

De improviso cayó á nuestros pies una corvina plateada, que libre del anzuelo que la arrancara á traición de su verdiobscura morada, aun quedó con vida un minuto dando vivos colazos. El afortunado pescador, entretanto, enrollaba en su mano izquierda el cordón de embreado cáñamo, y blandiendo con la otra el sutil gancho de acero provisto del bocado de camaroncillo, por medio de un brusco movimiento hacia atrás, lo arrojaba al azar de las olas.

Seducida luego por la ilusión de aprisionar por ti misma uno de aquellos peces relumbrosos, con tus adorables manos tomaste la cuerda, que sujeta por un cabo á la barandilla se enarcaba á impulsos del aire; á tu lado yo me estremecía sintiendo el roce de tu brazo fresco; se querellaba á nuestros pies el océano undívago; en la

glauca llanura los pelícanos, volando á flor de agua picoteaban en los surcos esmeraldinos, y allá á lo lejos, negras sombras empapaban sus terciopelos en el marino horizonte.

El complaciente pescador que nos había prestado el anzuelo, consultando el flojo bramante que ondulaba á merced de la brisa, y tratando de suavizar la expresión de su fosco semblante, te respondía á tus repetidas preguntas:

—No pica todavía, no pica todavía.

Y como tú que eres la reina de mi voluntad, la virgen de mis adoraciones y la diosa de mis idolatrías, después de una larga hora de espera te quejases de tu poca fortuna, te dije, concentrando toda la ternura que borbollaba en mi corazón, y contemplándome largamente en tus ojos:

¡Qué tontuelos son los peces que no acuden veloces de sus grutas de corales á morder el cebo que ante sus ojillos pende en las ondas encarrujadas!

Si yo fuera uno de esos inquietos habitantes de los submarinos palacios, ya verías cómo me acercaba presuroso á picar el anzuelo que con impaciencia agitas, y tiraba ansiosamente de la cuerda para avisarte que me

habías pescado, y brincando de contento en el aire subía hacia ti, alegre de que me arrancaras de mi castillo de cristal con tus diminutas manos, y gozando con tu júbilo, caía venturoso en el suelo, desde donde te miraría estremeciéndome de amor, mientras llegaba mi último instante para tener la dicha de morir á tus pies.

INDICE

Nueva Circe. 5
Favilas. 8
El soliloquio del espejo. 10
Más allá de las nubes. 15
Maleficio. 33
Nocturno. 37
Miniatura 40
Don Pedro de Alvarado. 42
Conversión. 47
El Águila 50
El Quetzal. 52
Las olas 54
El horror del olvido. 60
Madrigal marino. 63